Tom. III. Num. 67. —129— 21 de Julio de 1844.

LA RISA,

ENCICLOPEDIA DE ESTRAVAGANCIAS.

CONCLUYE EL EXPEDIENTE

POÉTICO-PROSÁICO (1).

Poderes.

En la villa de Burriana
dia, mes y año de arriba,
ante mí el presente escriba
compareció Antonio Andana,
y, echándose el muy pandorga
sin cumplimiento en un banco,
con el lenguage mas franco
declara, dice y *otorga*:
Que confiere sus poderes,
tan amplios y tan estensos
como las leyes desean
y se requiere en derecho,
á Don Simon Bancarrota,
escribiente y pica-pleitos,
que no se halla aquí presente
porque se encuentra en su pueblo,
á fin de que pueda él mismo
en nombre propio ú ageno
hacer por el otorgante,
y practicar todo aquello
que marca de esta escritura
el siguiente presupuesto—
—Le da facultades largas
ante todo y lo primero
para ganar los litigios,
como autor ó como reo;
mas de ninguna manera
se las da para perderlos (1).
Para cobrar igualmente
le autoriza por completo,
sea en fincas ó en papeles,
en alhajas, en dinero,
en ropas, frutos ó granos,
ó en cualquier clase de géneros;
mas para pagar—*nequaquam*,
ni aun las costas de un proceso.
Tambien para conciliar
le faculta desde luego,
pero con la condicion
que en todo futuro arreglo
deba el tal atemperarse
á la fábula de Fedro,
que pinta el juicio amistoso
en que el leon dice—*ego*
primam (añade otras tres)
tollo, quia nominor leo.
Y en fin para apelaciones,
recursos, súplicas, ruegos,
ante cualquier tribunal
que haya de España en el reino,
y aunque sea ante Pilatos
ó ante el sultan de Marruecos (2).
Y si no logra justicia
en la tierra ni el cielo,
le da permiso y licencia
para tomársela él mesmo,
valiéndose de la ayuda
de aquel *santo de Palermo*,

(1) *Requiescat in pace, amen.*

(1) No es mala clausula esta; muy conveniente seria el adoptarla en todos los documentos de esta clase; porque lo demas tiene poca gracia, y aun así y así suele reputarse como una maldicion aquello de «pleitos tengas y los ganes.»

(2) Ahora era buena ocasion para irle con roncas á este barbudo servidor de Mahoma.

cuya virtud milagrosa
hace prodigios inmensos.
Bajo cuyas condiciones
poco mas ó poco menos
queda listo y terminado
el presente otorgamiento;
del cual han sido testigos
(y enterados por supuesto)
mi escribiente Pedro Rasgos
y Don Pelufo Calderos,
quienes firman, y no Andana,
porque no sabe y..... *laus Deo.*

Así consta, aparece y está escrito
por la mano prosaica de este Apolo
en un libro que llaman protocolo,
Y al cual, como es costumbre, me remito,
librando del tal acto aquesta copia
el dia en que estendido el mismo suena,
á instancia y peticion de lengua agena,
y en pró y utilidad de bolsa propia.

Contestacion.

Simon Bancarrota, alias Medioduro,
en nombre del mozo que se llama Andana,
segun los poderes que presento y juro,
digo á usted muy serio contestando á Juana:

Que visto ya este expediente
de prisa y á la ligera,
mi parte no solo espera
se la absuelva libremente,
sino que tambien confia,
por mas que su novia pene,
que el tribunal la condene
á quedarse para tia;
sin que se crea por eso
que pide lo que no es justo,
pues que apoyo y bien robusto
tiene en el mismo proceso.

Porque son tan claras la maldad é intriga
que arrojan los dichos de la querellante,
que no hay en el foro sugeto que diga
haber visto un pleito tan raro y chocante.
Mas dejando á un lado lo que no hace al caso,
(aunque en estas cosas del *fárrago* medro) (1)
vengamos al cuento redoblando el paso,
y á quien Juan la diere..... bendígala Pedro.

Seré, señor, muy conciso
en contestar tal demanda,
que el portarse de otro modo
fuera darle una importancia,
de que la miro tan lejos
cual Pequin lo está de Francia;
y no es de cazador diestro
gastar la pólvora en salva,
cuando con certero tiro
puede hacer doblar las alas
al indiscreto avechucho
que pone á prueba sus armas.
Y en fin, legalmente hablando
sin pinturas, ni metáforas.....
la defensa de mi parte
puede hacerse en dos palabras.
Si la memoria no miente
creo, señor, que se trata
de hacer marido de veras
á quien fué novio de chanza,
fundándose al parecer
pretension tan insensata
en hechos, dichos y acciones,
que, agregados á una carta
que dice haber recibido
la litigante contraria
de su anhelado futuro,
son el cuerpo y son el alma
de todo este *mare-magnum*,
de toda esta zaragata.
Prescindiré de los vicios
que á estos autos acompañan,
de las varias nulidades
que se tocan y se palpan
al dejar caer la mano
en cualquiera de sus llanas,
pues que al fin ya me hago cargo,
(perdone usted si se enfada)
que son sus letras muy gordas
y tambien las de Garrapa,
para saber, cual debieran,
los adobos y las salsas,
que en los forenses guisados
requieren las leyes patrias.
Mas ya que cierro los ojos
á tan reprensibles faltas,
para rechazar las sobras
justo es que los labios abra.
Digo pues, señor alcalde,
que esa embustera pendanga
que pone el grito en las nubes
en su alegato de marras,
no trató á mi principal
mas que dos ó tres semanas
en ocasion de que el mismo
hizo una escursion á Aldaya;
y aun esto, si tuvo efecto,
fué porque el tal ignoraba
los malos antecedentes
y fatales circunstancias
de que estaba revestida
esta incomparable alhaja.
Pero si negar no puede
que ha frecuentado su casa
en la corta permanencia
que el párrafo anterior marca,
tambien es muy positivo
que nunca le ha dicho nada
de bodas, ni de casorios,
de dote, ni..... calabazas;
que aunque mi representado
no es hombre de mucha plata,
no por ello se da en cambio

(1) Bueno es confesarlo, porque la franqueza siempre es un mérito, mayormente cuando encuentra una razonable disculpa en el arancel, que mide el valor de los escritos como el de los paños de Alcoy, por varas.

de una peseta tan falsa.
Pudieron mediar tal vez
cuatro bromas y dos chanzas,
algun coloquio algo tierno,
algnna alegre mirada,
frases un poco galantes,
los requiebros de ordenanza,
y en fin esas vagatelas
tan esentas de sustancia
que suelen terciarse siempre
entre el pantalon y faldas;
mas esto, si bien se mira,
son cosas parlamentarias,
y desde aquí al matrimonio
hay diez leguas de distancia.
Y en verdad ¿quién fuera el hombre
que en conyugal alianza
se uniese para *in æternum*
con tan repugnante facha?
¿qué necio ó qué majadero
en consorcio se juntára
con muger, á quien de apodo
le llaman la *Mala Cabra* (1)?
¿quién tal esposa admitiera,
ni quién?..... pero lengua calla,
porque si llego á soltarte,
saldrá todo á la colada,
y del judicial decoro
tal vez traspase la valla.
Por último, me es estraño
que el procnrador de Juana
manifieste tanto empeño,
tanto afan y prisa tanta
en buscar un maridage
para su representada.
¿Será voluntad ó envidia?
¿Será pez ó será rana?
Yo ignoro lo que ello sea,
mas le diré en confianza,
que fuera mucho mejor,
(no se ofenda usted, Garrapa,)
que mientras quiere y procura
á otro prógimo endosarla,
se casase el tal con ella,
ya que soltero se halla,
y segun dicen las gentes
la ropa sucia le lava,
y era asunto concluido.....
buen provecho..... y santas pascuas.
Pero en fin me canso ya,
y aunque pudiera hacer gala
de otros varios argumentos
que en contra de la demanda
asisten á Anton Cachano.....
me equivoqué—á Antonio Andana,
solo añadiré que es falso
cuanto aquella nos encaja,
repitiendo lo que dice
la declaracion jurada,
que este sobre otros estremos
tiene rendida en la causa;
y sin mas que hacer presente—
SUPLICO á usted con cachaza,
que, habiendo por presentados
los poderes que acompañan,
me tenga tambien por parte
en esta pendencia rara,
acordándolo en un todo
como al principio se marca;
y en conclusion reproduzco
con las otras zarandajas
de «justicia,... pido,... juro...
costas,... et cetera, y... basta.»

D. Dimas Tombarrollos

Aunque la ley lo requiera,
no apunto aqui mi honorario
por tenerlo ya en la pera (1).

Simon Bancarrota

Derechos—medio duro (2).

AUTO Á RAJA-TABLAS, INTERLOCUTORIO, DEFINITIVO, MISTO, SIN APELACION ETC. ETC. ETC.

Dejémonos de asesores,
que aun sobro yo para juez,
y concluyan de una vez
tan fastidiosos amores:
porque si al punto la puerta
no se cierra á esta demanda,
apenas habrá en la huerta (3)
soltera que no entre en tanda;
y si yo al cabo y al fin
me meto en estos escollos,
ni me sacará Embrollin,
ni Gratis, ni Tombarrollos (4).
Asi pues, de *motu* propio,
sin escribas, ni notarios,
ni glosas, ni comentarios,....
allá va el auto que copio.—
NO HA LUGAR, ni me acomoda
que se hable ya una palabra
del dote ni de la boda
que pide esa *Mala Cabra*;
á la cual se la condena
sin estrépito y ruido
á la muy sencilla pena
de buscarse otro marido:
previniéndole de paso,
(aunque ello le haga mal vientre)
que suceder podrá acaso
que le busque y no le encuentre:
pues que el tiempo de los novios
que bailaron en Belen,

(1) Aun no sabiamos eso.

(1) El Sr. Tombarrollos sin duda tenia presente aquello de—
«si quieres que cante el ciego
dale la paga primero.»
Tiene usted razon, Sr. D. Dimas, porque—
lo que está en lo cove es peix,
lo demes peixquera es.

(2) Hemos visto algunas firmas antiguas de este fariseo, y en toda clase de escritos y diligencias, nota por sus derechos—«medio duro.»
De ahí tal vez debió tomar orígen su apodo.

(3) Aludirá sin duda á la huerta de Valencia; pero todo el mundo es pais.

(4) Vaya un terno.

de flatos y otros agovios.....
requiescat in pace. amen.
ITEM MAS—Ordeno y digo—
que es muy justo y procedente
pague tambien la patente
Pablo Garrapa y Panfigo (1);
cuya prevencion la fundo,
sin poder ser desmentido,
en que el primer apellido
le es mas dulce que el segundo (2);
y aunque este vicio es muy feo,
teniendo de él compasion,
le impongo la suspension
por seis meses de su empleo.

Ved aquí la sentencia,
que turbia ó clara,
rubrico con la punta
de esta mi vara;
porque discurro,
que la albarda ser debe
conforme el burro (3).

NOTA.

Aquí hace punto final
la torpe musa del Júcar,
tan falta de pebre y sal
como de miel y de azúcar;
Mas confia en tu indulgencia,
oh lector, si consideras
que es ridícula exigencia
el pedirle á un olmo peras:
Y en disculpa de estas gergas,
te ruega tengas presente,
que el que firma no es Villergas,
ni Ayguals, Zorrilla ó Lafuente (1),
Breton, Príncipe ó Rubí,
Ribot, Bonilla ó Canseco.....
sino que es el pobre sueco

JOSÉ BERNAT BALDOVÍ.

(1) Nada mas equitativo; pues el arancel particular del Sr. de Garrapa es lo mas escandoloso que acaso exista en los anales del foro, y la impunidad de sus tasaciones garrapales pudiera servir de un precedente funesto, mayormente cuando los *nenes*, entre quienes anda el juego, son (por lo regular) bastante tentados de la *Risa*.

(2) Hé aquí lo que son gustos; bien que sobre ellos no hay nada escrito.

(3) En su vida ha dicho su merced verdad de mas bulto.

EL MAXIMO Y EL MINIMO.

Conclusion.

No era Kinster con su teoría del *mínimo* menos estravagante que Tompson con su teoría del *máximo*. Habia registrado con frecuencia el diccionario para aprender de memoria los vocablos mas cortos, y convirtió su cabeza en un almacen de monosílabos. Con monosílabos hablaba, con monosílabos escribia, y aun estos en los escritos los usaba en abreviatura. Sus visitas facultativas eran breves como las de un cartero ó las de un repartidor de periódicos; apenas entraba en una casa, se le veia salir y entrar en otra y volver á salir casi al mismo tiempo. Prescribia los remedios mas inocentes en fraccionadísimas dósis, de suerte que se le puede llamar el fundador de la medicina homeopática, si bien la consideraba bajo un punto de vista distinto que los homeopatistas del dia. Estos prescriben los medicamentos en pequeñísimas cantidades para que el todo de la máquina no se resienta de la accion medicamentosa, como si tratasen de aplicar á nuestra organizacion el sistema político de Bentham y de otros que, siendo reformistas pero no revolucionarios, pretenden conseguir las reformas sin destruir de una manera sensible los intereses creados por los mismos abusos que se deben reformar. Kinster no queria esto; no era el respeto á la constitucion del hombre quien le hacia prescribir en cortas fracciones las substancias medicinales, sino la conviccion en que estaba de que un grano de cualquier cosa es tan eficaz como una libra. Porque él hacia este cálculo: Si á un enfermo atacado de una terciana se le suministran cada doscientos veinte minutos dos granos de sulfate de quinina ¿dejará de cumplirse la indicacion que el facultativo se propone por suministrarle dos granos menos una milésima parte de grano en doscientos veinte minutos y una milésima parte de minuto? Y si nada son una milésima parte menos de grano y una milésima parte mas de minuto ¿qué inconveniente hay en cercenar del grano menos una milésima parte otra milésima parte, ni en prolongar el intérvalo de dos horas y una milésima parte de minuto otra milésima parte de minuto? De este modo disminuyendo la cantidad de milésima parte en milésima parte de grano, y dilatando los intérvalos de milésima parte en milésima parte de minuto, acababa á menudo por dejar á los enfermos sin medicina; lo que en verdad desearia que en obsequio á la humanidad lo hiciesen con frecuencia muchos médicos que yo conozco. Con respecto á las enfermedades esternas era Kinster un operador atroz. Convencido de que es la

(1) Fr. Gerundio.

existencia el peor mal de los males, y deseando reducirlo todo hasta á los hombres á la menor cantidad posible, por un simple divieso ó por un insignificante rasguño procedia á la amputacion de cualquier miembro. Su sistema estuvo algun tiempo en voga, y el forastero que á la sazon visitaba Cantorbery, retrocedia horrorizado viendo en todas partes mutilacion, en todas partes hombres sin ojos, sin orejas, sin brazos, en todas partes señales funestas, deplorables vestigios del sistema asolador del doctor Kinster. Mas de dos estrangeros preguntaron si en Cantorbery habia una raza particular de hombres que nacian con menos miembros que los demas que pueblan el universo. Afortunadamente el sistema de Kinster cayó en un descrédito completo, por lo que el buen doctor no teniendo á quien visitar, como por via de pasatiempo se consagró á la caza, siendo en esto mas desgraciado todavia que en el egercicio de su profesion. Cargaba la escopeta con poquísima pólvora y con solo un perdigon pequeñísimo; todo á consecuencia de las estrafalarias máximas de que estaba atestada su cabeza. Cogia un puñado de perdigones y decia: ¿qué importa para matar una ave que ponga uno menos? Y si uno menos es nada, otro menos será tambien otra nada, y esto diciendo iba uno tras otro volviendo al frasco todos los perdigones, hasta dejar la carga reducida á uno solo y con frecuencia á ninguno. Esto no impedia sin embargo que disparase su escopeta contra una águila real, y que se tirase de los cabellos viéndose todos los dias obligado á regresar á su casa sin un solo trofeo venatorio.

Tiempo hacia que Tompson y Kinster se habian casado; pero entendámonos, lector, no creas que se hubiese casado el uno con el otro; ellos sabian lo mismo que todos los hijos de Adan que pan con pan es comida de tontos, y eran por otra parte bastante escrupulosos y concienzudos para no cometer pecado contra natura. Tompson se casó con una muger y Kinster con otra, y ni uno ni otro al contraer matrimonio perdieron de vista sus estravagantes máximas. Asi es que Tompson, partidario del máximo, se casó con la muger mas alta de Inglaterra; y Kinster, partidario del mínimo, se casó con la mas pequeña. La del primero era conocida en todo el reino unido con el apodo de *la Elefanta*, y la del segundo con el de *la Pulga*. Diciendo que tiempo hacia que Tompson y Kinster se habian casado, se da á entender fácilmente que eran ya viudos en la época á que esta crónica se refiere; porque ¿qué muger por alta ó pequeña que fuese habia de resistir mucho tiempo sin morirse las impertinencias de nuestros médicos, que es de creer aplicaban todo el rigor de sus exageradas teorías hasta á las cosas domésticas mas insignificantes, y hasta á los mismos actos esencialmente matrimoniales? La *Elefanta* y la *Pulga* murieron; pero no sin dejar cada una de ellas en la tierra un testimonio vivo de su fecundidad. Murieron al año de haberse casado, y por uno de esos raros caprichos de la naturaleza, por una de esas raras combinaciones que el hombre llama casuales ó providenciales no pudiéndoselas esplicar de ninguna manera, la *Elefanta* dió á Tompson una hija que á los quince años era tan pequeña que parecia hija de la *Pulga*, y esta dió una hija á Kinster que á los quince años era tan alta que parecia hija de la *Elefanta*. Y véase por qué medios, por qué combinaciones tan sabias y tan superiores á todos los cálculos humanos supo la Providencia colocar las unas al lado de las otras, para que mas resaltasen en el contraste las estravagancias diametralmente opuestas de Tompson y de Kinster. Tompson al perder á la *Elefanta*, no confiando poder hallar jamás otra muger de tan gigantescas dimensiones, resolvió permanecer viudo todos los dias de su vida, y la misma resolucion hizo Kinster al perder á su muger, no considerando posible encontrar otra tan pequeña como la *Pulga*. Pero Tompson vió á la corpulentísima hija de Kinster, y esta á la diminutísima hija de aquel, y desde luego trocaron ambos su primitiva resolucion en la de hacerse recíprocamente yernos y suegros. Por parte de las hijas fué esta idea acogida con un entusiasmo difícil de esplicar. Naturalmente dengosa la hija de Tompson y obligada por la sistemática conducta de su padre á ingerir en su estómago mas alimentos de los que la capacidad de este permitia, la comida era para ella un suplicio del que á toda costa deseaba libertarse, y esto indudablemente debia conseguirlo dando la mano á Kinster. La hija de este, al contrario. Naturalmente comilona y voraz, y sugeta á la rigurosa abstinencia á que la condenaban las doctrinas de su padre, veía en Tompson su ángel libertador, sin preveer que para evitar un escollo iba á estrellarse en otro igualmente funesto. ¡Triste condicion la nuestra, que no sabemos huir de un estremo sino para colocarnos en el opuesto, y que raras veces nos detenemos en el término medio, único en que se encuentra la virtud y la felicidad! El que ha sido muchas veces engañado, en lugar de volverse cauto se hace suspicaz, y acaba por no dar crédito ni á lo mismo que le conviene creer. En el rigor del invierno nos parecen apacibles los ardores de la canícula, y cuando esta llega nos consideraríamos felices si estuviésemos tiritando de frio. Un sabio ha dicho, y si no lo ha dicho un sabio lo digo yo sin serlo, que los demonios sacan del invierno y de los paises frios la mas abundante cosecha de condenados. La razon es obvia. Los deseos del hombre que no se encuentra bien son siempre estremados, siempre opuestos á lo que causa su malestar, y como el infierno dicen que es un fuego eterno, los que están helándose en lugar de temerlo lo desean, y de consiguiente no vacilan en mancharse con el pecado. La hija de Kinster tenia hambre ¿podia haberse hecho cargo alguna vez de los tristes efectos de un hartazgo? ¡Allá voy que se come! dijo, y se casó con Tompson. La hija de Tompson estaba inapetente ¿sabia ella cuanto hace padecer el hambre? ¡Allá voy que se ayuna! dijo, y se casó con Kinster. ¡Desgraciadas!!!!!!! con siete admiraciones.

Verificado este doble enlace, Tompson y Kinster para no separarse de sus respectivas hijas resolvieron vivir juntos y formar una sola familia. Aquella casa tardó pocos dias en convertirse en infierno; los dos médicos que se encontraban mútuamente mas estravagantes de lo que parecian á un hombre racional, se disputaban á líneas el *máximo* y el *mínimo* y la verdad de sus ridículas teorías; la hija de Tompson empezaba á sentir hambre canina y á echar menos los hartazgos de antaño, y la hija de Kinster se sentia ahita y pedia al cielo la sugetasen nuevamente á sus antiguas dietas. Afortunadamente de vez en cuando los sistemas de Kinster y de Tompson se neutralizaban mútuamente, y hacian ambos una especie de transaccion en obsequio á sus pobres mugeres. Pero esto solo sucedia despues de haber habido la de Dios es Cristo, despues de haberse armado rifirrafes y escarapelas que no eran de ñiquiñaque, y que casi siempre se desenlazaban de una manera trágica.

Generalmente era la mesa el campo en que se daba la accion. Fuese arroz ó cualquiera otra cosa la que comiesen, el doctor Tompson con un grano tras otro grano y una tajada tras otra tajada se atracaba de tal manera y de tal manera obligaba á atracarse á su muger, que alguna vez se vió á ambos salirles la comida por los ojos, y esto daba tal grima al doctor Kinster que no podia abstenerse de llamar bárbaro y soez á su suegri-yerno, á pesar de que conocia demasiado su carácter irascible y camorrista. Tratábanse recíprocamente los dos médi-

cos de visionarios y de locos, y despues de una retahila de apodos con que imitaban perfectamente un fuego de guerrilla, pedian á los puños que saliesen al auxilio de la lengua. Habia cada puñetazo que temblaba el mundo, y entonces las mugeres, en lugar de poner el caduceo entre sus padres y esposos, aunque les viesen con el credo en la boca aprovechaban estos momentos para hacer su santísima voluntad; y desde luego la muger de Kinster devoraba como un lobo cuanto en la mesa habia, y la de Tompson se iba corriendo á descargar su repletísimo estómago con sendas tazas de agua caliente que tenia al efecto prevenidas.

Los rigurosos límites en que Ayguals circunscribe este y los demas artículos, no me permite referir una multitud de curiosidades y de anécdotas hijas de las estravagancias de Tompson y de Kinster. Solo una escena voy á presentar que creo basta por sí sola para retratar perfectamente el carácter de los dos médicos. Un dia, despues de una pelotera algo mas séria que las de costumbre, en que hubo de una y otra parte narices ensangrentadas, carrillos hinchados, arañazos y contusiones, quedaron los dos combatientes sentados el uno al lado del otro, cabizbajos y taciturnos, y al parecer entregados á muy profundas meditaciones. Tompson despues de una hora de silencio sacó á Kinster de su enagenacion con una pregunta que dió origen al siguiente diálogo:

—¿En qué estás pensando, Kinster?

—¿Y tú en qué estás pensando, Tompson?

—¿Yo? dijo Trompson, estaba buscando una cosa mas inmensa que la inmensidad, mas infinita que la infinidad, mas eterna que la eternidad.

—¡Siempre loco! dijo Kinster entre dientes.

—¿Y tú qué estabas buscando? preguntó Tompson.

—Estaba deseando hallar la nada, la misma nada, una cosa que fuese menos que la nada.

—¡Qué locura! esclamó Tompson, ¡la nada! ¿pues no la tienes desgraciadamente en todas partes? ¿crees que tú eres algo, que yo soy algo, que es algo cuanto ves, cuanto oyes, cuanto tocas; que es algo este mundo que habitas, que son algo las generaciones que pasaron? De la nada se formó el mundo, y de nada no podia formarse mas que nada. Y asi fué en efecto. Yo me vuelvo loco buscando algo, y nunca encuentro algo; á la nada sigue un punto imperceptible como la misma nada, y á este punto otro punto y otro punto hasta que reuniéndose muchos forman lo que tú llamas algo, y este algo, como ves, es siempre nada. Todo es nada. Las generaciones pasan, se convierten en polvo, y al cabo hasta este polvo desaparece. ¡Oh! ¡quién pudiera de todas las generaciones que pasaron formar una sola generacion, y de esta un solo hombre, un solo individuo! Y con todo, este individuo colectivo y sintético me pareceria tambien pequeño, me pareceria tambien nada, y seria nada en realidad.

—Sobraria todo, Tompson, este individuo que quisieras ver realizado, porque todo en el mundo es supérfluo, y hasta lo es el mismo mundo. Dios formó el mundo de la nada, porque hasta la nada es algo. Tú ves morir á las generaciones, y yo las veo sucederse. Todo se regenera y no se estingue; lo que tú crees que perece no hace mas que mudar de forma. El hombre se reproduce, y cuando no le queda mas que el cadáver, todavía se convierte en una infinidad de generaciones. ¡Y hay quien embalsama los muertos para conservarlos! Esto es destruirlos, esto es quitar la vida á la materia, esto es matar á los muertos. Se quiere que el cadáver no se corrompa, y sin embargo la corrupcion es la vida que le queda. De cada fibra, de cada átomo suyo se levantan generaciones infinitas que mueren tambien á su vez, pero no se estinguen; toman otra forma, pero no se anonadan. ¡Oh! si yo no supiese que la muerte y el anonadamiento no son términos sinónimos, hace tiempo que me hubiera suicidado. Pero al menos he de existir lo menos que me sea posible; no acortaré el tiempo que me tiene señalado la Providencia para vivir en este mundo en cuerpo y alma, pero me disminuiré, me cercenaré cuanto dado me sea, me reduciré, si puedo, á un punto indivisible.

Hubo un momento de silencio solo interrumpido por una carcajada de Tompson. Luego Kinster se levantó de la silla, asió á Tompson de una mano, y le dijo: sígueme.

Tompson le siguió.

Los dos entraron en un gabinete, del cual salieron á sus órdenes sus respectivas mugeres que se hallaban en él, la una atracándose de pan y la otra tomando un vomitivo. En el semblante de Kinster notaron marcadas señales de una agitacion singular. Ambas se quedaron clavadas junto á la puerta por la fuerza de la curoisidad. Oyeron algunos ayes capaces de despedazar el corazon de un tigre, y luego el rechino de una sierra; luego otros ayes y luego otro rechino, y todo esto lo estuvieron oyendo por espacio de tres horas, al cabo de las cuales salió ensangrentado y sudando el doctor Tompson, cargado de brazos y piernas y otros mutilados despojos. El doctor Kinster se habia hecho amputar y estirpar todo lo que creyó no ser indispensable á su existencia para reducirse al mínimo posible; se hizo amputar las dos piernas y los dos brazos; se hizo practicar la estirpacion de la nariz, de un ojo y de las conchas de las orejas, y arrancar la mitad de los dientes de cada quijada. Se conoce que esta série de operaciones terribles se practicaron sin desnudar al paciente, pues los miembros de que Tompson iba cargado conservaban todavía el habitual vestido de su dueño. La hija de la *Pulga* y la de la *Elefanta* reconocieron de este modo la tan espantosa realidad, y cayeron ambas desmayadas.

Parece imposible que Kinster no sucumbiese bajo el peso de los atroces dolores que debió ocasionarle la cuchilla quirúrgica. Kinster lo mismo que Tompson fué víctima de una pulmonía, ó por mejor decir, de la aplicacion que hicieron á su enfermedad de su ridículo sistema. Kinster en el acto de sangrarle se hizo sacar gota á gota toda la sangre del cuerpo y murió desangrado, degollado como un cochino. Como no tenia brazos le sangraron por el cuello. Tompson, al contrario, quiso que le sacasen una libra de sangre, pero como para él una gota era nada, y si nada era una, nada eran dos, y si nada eran dos, nada eran todas las que se necesitan para formar una libra, acabó por no dejarse sangrar, y le sucedió lo que no podia dejar de sucederle. Las dos esposas les sobrevivieron, y aunque nada de ellas menta la crónica, puede asegurarse que no sintieron mucho la muerte de sus maridos.

Despues de Tompson y Kinster no se han conocido otros hombres tan estravagantemente estravagantes, como no sea este cronista que con tales estravagancias ha querido ocupar á sus lecteres, y el señor Ayguals de Izco que las ha dado cabida en la enciclopedia de estravagancias que con tanto aplauso dirige. No ha de faltar quien crea que Tompson y Kinster son dos personages engendrados en mi caletre, y que cuanto de ellos digo es una solemnísima mentira. ¿Qué me importa? ¿Acaso los que escribimos en la *Risa* hemos hecho voto de decir siempre la verdad? Lo que sentiria en el alma es que se descolgase por ahí algun hombre pacato y escrupuloso pidiéndome rectificaciones, como le ha sucedido á Villergas con cierto cabildo que asegura ser falso cuanto se dice en un artículo de la *Risa* con respecto á cierto arzobispo de Santander. ¿Pues qué? ¿ha creido alguno que la verdad, que tan mal para-

da se encuentra en todas partes, se ha refugiado en esta enciclopedia de estravagancias? Quien tal crea por fuerza ha de ser mas estravagante todavia que Tompson, y Kinster, y Villergas, y Ayguals, y yo, y toda esta estravagantísima enciclopedia.

A. Ribot y Fontseré.

EPIGRAMA TAN CHISTOSO COMO OTROS MUCHOS.

Al regresar de paseo
una chicuela muy linda
le preguntó á un estudiante—
«¿Me dirá usted qué hora es?»
Y él respondió—«no lo sé.»

Vaya otro por el estilo.

«¡Qué hermosa es usted Gertrudis!
Dijo á una jóven Don Pedro:
Y ella con cierta sonrisa
le contestó—«muchas gracias.»

La Musa del Júcar.

Enfermedad de Don Abundio.

Esta semana, no la que va á entrar sino la pasada, hubo consulta de médicos en que nada se adelantó por la poca conformidad que hay siempre entre estos señores. Uno decia: esto es el tifus, otro: esto es el bubon, y el mas despejado de todos lo atribuyó á una inflamacion catarral en el tendon de Aquiles por su comunicacion con las venas yugulares y hemorroidales.

¿Qué le duele á usted D. Abundio? le preguntó este facultativo.

—La cabeza, contestó D. Abundio.

—¿No decia yo? añadió el primero; el mal está en el tendon de Aquiles. Luego volvió á preguntar: ¿Tiene usted apetito?

—Sí señor, me comeria un caballo en adobo.

—¡Hola, hola! dijo el médico tomándole el pulso; esto me afirma mas y mas en que todo el mal está en el tendon de Aquiles.

Los demas estaban muy divergentes y poco seguros en su opinion. Así es que en los medicamentos que se le recetaron se echa de ver la exactitud matemática de la ciencia de Hipócrates. Uno mandó friegas en el pulmon, otro recetó nabos gallegos cocidos con leche amerengada y pimientos verdes; otro fué de parecer que se le dieran baños en agua hirviendo, y el mas entendido de todos ordenó que de dos en dos horas tomára el enfermo cuatro docenas de sandias en píldoras. Nosotros por no disgustar á ningun facultativo, le hemos aplicado todos estos remedios, y efectivamente D. Abundio sigue mas aliviado. Los médicos atribuyen la mejoría á las sandías enteras que se traga en píldoras el enfermo, y tenemos entendido que se trata de dar una obra á luz probando la escelencia de las sandías sobre el método homeopático, como sucedió en cierta ocasion con el cáñamo que por si ustedes no lo saben se lo voy á contar.

«Escribió un amigo á otro que no le habia visto en veinte años, diciéndole: querido fulano: hace cuatro dias que me caí en un barranco y me rompí una pierna; pero gracias á un par de libras de cáñamo que me aplicaron, se me curó en menos de media hora. Tú que eres médico conocerás mejor que yo las virtudes del cáñamo.»

El médico empezó á escribir y publicar una obra en que probaba la virtud del cáñamo en los golpes contundentes; la facilidad en que el jugo cañamoso unia los huesos rotos, y otras cosas por el estilo, hasta completar 12 tomos en 4.° de 1500 páginas cada uno. Y cuando acabó la publicacion de la obra que iba apoyada en el caso práctico que le habia comunicado su amigo, recibió una carta de este que decia despues de los cumplimientos de costumbre: «sabrás, para que no te mortifiques, el basilis de mi carta anterior. Yo perdí una pierna en la guerra y me compré otra de palo; esta es la que se me rompió en la caida del barranco, y que, merced á una cuerda de cáñamo bien apretada, quedó tan útil como antes. Repito que hago esta aclaracion para que no te rompas los sesos en averiguar las virtudes del cáñamo.»

Consideren ustedes como se quedaria el médico despues de haber escrito tanto. Dios quiera que no empleen el tiempo tan infructuosamente los que escriban el tratado sobre las sandías, aunque tambien le hayan probado á D. Abundio. El que se las recetó le hizo ayer una visita y halló al enfermo enteramente cambiado; antes tenia ganas de comer, y ahora no las tiene; antes le dolia la cabeza, y ahora no le duele; pero el médico sin embargo insiste en que el mal de D. Abundio está en el tendon de Aquiles.

Hoy se halla mucho mejor D. Abundio; está todo el dia entretenido en leer la siguiente décima en estilo ramplon que yo le remití el dia de su santo.

A D. Abundio Estofado en sus dias.

Que me crea ó no me crea,
me causa melancolías
verle recibir sus dias
sin la salud que desea.
Quiera el cielo que los vea
otro año sin tanto afan,
mas terne que un mostagan,
siendo de su bien testigo
el mas franco y fiel amigo
que besa su mano.—Juan

Martinez Villergas.

AMBIGÚ.

Besugo cocido.

En una vasija, proporcionada al besugo entero, se le coloca despues de haberle limpiado, escamado y destripado, echando agua, en la que se le dan los hervores convenientes para que se cueza sin hacerse pedazos. Se quita toda el agua y se le echa manteca de vacas que habrá estado ya derretida en una fuente. Se le puede hacer otra salsa con caldo limpio y rajas de limon y unas hojas de laurel, y si se quiere se usará en vez del caldo de aceite.

Besugo en escabeche.

Despues de limpiar y de destripar bien el besugo, se le frota con sal menuda, con la que se le deja por espacio de un dia colgado á la sombra. Se le divide luego en trozos, que se echan á freir en aceite hasta que queden bien dorados, y se le coloca en una vasija de barro con su correspondiente tapadera. Cuando esté frio se le echa el mismo pebre en que se ha frito con una parte en proporcion de agua y tres de vinagre, ó si se quiere mitad por mitad, con unas rajas de limon, y unas cuantas hojas de laurel, y mejor cuanto mas frescas. Se mantendrá así bien cubierto por ocho dias, al cabo de los cuales está en sazon de comerse.

Besugo frito.

Hechas las operaciones preliminares, se le quita todas las espinas, y cortándolo en pedacitos, se empapa en harina y en yema de huevo, y se frien, y se sirven: puede hacerse un pebre ligero compuesto del mismo aceite en que se ha frito, y harina incorporado con él; advirtiendo que en vez de aceite puede entrar la manteca de puerco.

Besugo en pastel.

Limpio, destripado y escamado el besugo, se cuece con la correspondiente sal: se le quita las espinas y el pellejo, y se pica la carne menudamente. En este picado se echan unos cuantos granos de pasas quitado el orujo, y el que gustare un poco de ajo y pimienta: hecha esta mezcla se batiran media docena de huevos, y se incorporarán con la carne del besugo, y asimismo unas cuantas almendras secas mondadas y bien machacadas. De todo esto se hace un pastel segun el tamaño que se quiera, se cuece en una tartera ó molde, y se sirve.

MERLUZA.

Merluza asada.

Se toma el trozo ó trozos que se quieran desde medio cuerpo abajo, inclusa la cola: se remojan y se les quita la escama, enjugándolos luego con una servilleta, y se ponen á asar en una parrilla de alambre á fuego lento hasta que queden dorados por todos lados. Se derrite manteca de vacas en una cazuela, y quitando aquella espumilla que da de sí, se echa en ella como cosa de medio cuartillo de vino blanco para la cantidad de un cuarteron de manteca y tres libras de merluza, con pan rallado y peregil picado; advirtiendo que solo debe dársele un hervor, echando esta salsa sobre los trozos y sirviéndolos prontamente. Se gradúa proporcionalmente á lo dicho la cantidad del vino blanco al de la manteca y merluza.

De otro modo.

A esta misma merluza asada se le pone tambien otro pebre, compuesto de aceite frito con ajos, y unos polvos de pimienta de Castilla con unas gotas de vinagre y agua; con cuyo pebre se le da un hervor en una cazuela, y se sirve prontamente.

Merluza en salsa.

Se toma la cantidad que se quiera de trozos de merluza hechos rebanadas á lo ancho, despues de haber limpiado y escamado la merluza en entero. Se echará en una vasija la correspondiente cantidad de aceite, peregil picado, y uno ó dos dientes de ajos enteros ó en pedacitos, todo lo cual se rehoga á fuego lento, poniendo en la misma vasija los trozos de merluza, echándoles la sal molida proporcionada, y haciendo que cueza por ambos lados, con la cual salsa se sirve.

Puede tambien servirse con otra salsa compuesta de caldo ó de agua, pan tostado y pulverizado en el almirez, un poco de cebolla frita, pimienta de Castilla y azafran.

Merluza en albondiguillas.

Se cuece la merluza, despues de bien lavada en agua y sal: se le separan las espinas y el pellejo, y la carne se pica menudamente. A proporcion de la merluza se baten huevos en un plato con sus claras y yemas, con un poco de peregil y cebolla frita machacada, añadiendo para los que les guste, un poco de azucar que suavice este manjar, ó en su vez unas pasas. Se revuelve la merluza picada con esta composicion, formando de todo una pasta, de la que se hacen las albondiguillas, se echa en una sarten manteca de puerco ó aceite, y se frien en él las albondiguillas que se forman con una cuchara. Se hace despues de fritas una salsa compuesta de este modo: en la misma sarten en que se han frito se echa harina de trigo que se revuelve con unas gotas de vinagre; advirtiendo que si se han frito en aceite, se le echa agua tibia en lugar de caldo, y este, si se han frito en manteca, revolviéndolo todo con una cuchara, y sirviéndolo con esta salsa.

Si se quiere dar mas cuerpo á esta salsa, se machaca una ó dos albondiguillas y se maja con un poco de cebolla frita en la misma sarten, echándolo en la misma vasija, pudiendo tambien echarle una moderada cantidad de tomate frito.

MADRID — SOCIEDAD LITERARIA — 1844.

IMPRENTA DE D. WENCESLAO AYGUALS DE IZCO, CALLE DE SAN ROQUE, NÚM. 4.